

Título: ALLENDE Y AQUENDE

Seudónimo: FUENTEPINDAO

En memoria de mis mayores, siempre presentes.

A David, en algunas de esas noches lánguidas de verano, como queriendo saborearlas más de lo que pueden durar, le gusta alejarse de la plaza y dedicarse un rato a sí mismo mientras se pierde (es un decir) por las callejas que hay al otro lado de la carretera, tan conocidas desde niño, o cuando se llega hasta la primera talanquera del camino que lleva a la ermita. Desde allí, desde todos los lugares, puede en noches de buena luna ver las siluetas persistentes, pero suaves y alabeadas a la vez, de los Calocos que le separan de Otero de Herreros y de Segovia. Y sabe que, un poco más al sur, el alto de La Casilla lo hace de El Espinar y, al cabo, de Madrid.

Ahora, David no puede alejarse tanto del pueblo como lo hacía algunos años atrás: tiene el tiempo tasado. Su hijo Mateo juega y alborota en la plaza hasta que su padre vaya a buscarle para recogerse juntos.

Mateo disfruta en su pueblo, del que tanto presume ante sus compañeros de colegio. Su padre, aunque no nació en Segovia como él, se ha criado en Navas de San Antonio, por empeño del abuelo Luis que, atravesando el puerto de Guadarrama verano tras verano y un sinfín de fines de semana, volvía a traerle a su tierra, a sus raíces. Ahora, es Mateo el que, como su padre hace cuarenta años, hace el zascandil alborotando por las escuelas, en las casas que llaman de El Rodeo y en el parque de la iglesia. Y cuando se junta toda la cuadrilla, las más de las veces orilla de la casa del Logi, amontonan las bicicletas en la acera y todos los críos en racimo hablan por *whatsapp*, comparten videos de *youtube* y se parten de risa los unos con los otros.

Del tío Mariano no se sabe mucho, como es natural. A la fuerza, tuvo también que bichear en el pueblo de niño. Nació reinando Isabel II y ya desde mozo aprendió a atender el ganado y a labrar la tierra a este lado de la sierra para recoger lo poco que aquélla pudiera traer. Como tantos, entonces.

Pero, según dicen, el joven Mariano era inquieto. Fue en el pueblo el único que en su tiempo se aventuró, al modo de los antiguos arrieros, a llevar el ganado propio y ajeno a las ferias para probar fortuna en el trato. Varias veces se llegó hasta Ávila. Sólo en dos ocasiones atravesó el puerto de Guadarrama para conducir las bestias hasta Colmenar. En la última de ellas, le acompañó su hijo Atanasio.

Ya mayor, al tío Mariano le gusta recordar esos viajes allende el puerto. Sobre todo, ahora que su hijo se ha hecho cargo de las vacas y de los campos. Apoyado en una portera del camino de la ermita, más acá de la primera talanquera y mientras lucha por prender un cigarro, le da por pensar qué puede ofrecer la vida al otro lado del Guadarrama. ¿Qué vida cabe esperar en la capital? ¿Para quién podrá ser?

Atanasio ha vuelto a las Navas. Cuando de noche sale a correr los perros por el camino de la ermita y mientras los espera recostado en la cerca frente al camposanto, se recrea en sus recuerdos a este y al otro lado de la sierra. A su padre Mariano, a pesar de haberla traspasado, la sierra le separaba de lo que hay más allá. Para él, para Atanasio, llegó a convertirse en una forma de vida.

Recuerda sus primeros viajes a Ávila, a Colmenar, y al propio Madrid. A pie y después con carros. Con buenos avíos o con lo puesto, según; durmiendo al raso en verano o malpasando la noche en alguna cuadra, rilando y procurando algo de calor entre las bestias. Algo después, ya pasado lo de Cuba, Atanasio puso casa en San Rafael, al pie de las primeras cuestas del puerto de Guadarrama, en el lugar que aún llaman de Arroyo Mayor. Allí se asentó y se fue ganando la vida con el *uncio*, como le gustaba decir. El puñado de bueyes que compró los ofrecía como cuartas a los arrieros que venían de la meseta para reforzar las yuntas que traían, demasiado ligeras para alcanzar por sí

mismas el alto del León. Así, subiendo con carros y arrieros y bajando él solo con sus bueyes, pasó no menos de veinte años.

A fuerza de tratarles, a muchos de esos hombres los tenía como amigos. Más de uno hubo de quedarse a dormir en su casa, cuando la nieve hacía imposible el paso. Como los Marazuela, de Valverde. Trasegaban éstos vino a ambos lados de la sierra y alguna noche se hizo más corta y cálida tocando la guitarra y distrayendo el contenido de alguno de los pellejos. Venía el padre con un hijo de corta edad, en el cual Atanasio parecía verse a sí mismo cuando andaba a ferias de la mano de su padre.

Saturnino escuchaba con gusto estos recuerdos de su suegro, que le animaba a traspasar la sierra. Muchas tardes, mientras jarreaba la leche entre las cántaras después de ordeñar y aviaba los dornajos, le daba por imaginar cómo sería la vida en la capital. Sólo estuvo una vez, de mozo, y a la fascinación del viaje en el coche de línea, se juntó el asombro y el estupor por tantos edificios y tanto bullicio en las calles.

Ya casado, le daba vueltas y vueltas a cómo procurar mejor vida a su familia. Nadie del pueblo había dado el paso definitivo de emigrar a Madrid, pero él era inquieto como su suegro y el bueno del tío Mariano. ¿Cómo podía unir esos dos mundos, Segovia y Madrid, que se le hacían tan distintos?

Ahora que ya han pasado años y el tiempo de la guerra y las cartillas de racionamiento, Saturnino disfruta en las dos o tres ocasiones que en el año vuelve a Las Navas a casa de sus hermanos. Le gusta, cuando sale al campo a recorrer los pocos praos que siguen a su nombre y que no quiso vender cuando emigró, hacer memoria de su vida. Después de él, muchos hombres del pueblo siguieron su ejemplo, pero sonrío pensando que fue el primero que vivió más allá de Tablada. La vaquería que logró establecer en pleno centro de Madrid sigue siendo un lugar de encuentro de todos los naveros que acuden a la capital: de los que dos veces por semana van y vienen por la nacional VI para llevarle las cántaras de leche para despachar y de los que, como él hace

años, se aventuran en ese otro lado de la sierra y necesitan a alguien que les dé abrigo, consejo y una palabra amable.

La vida de Saturnino está ahora en Madrid, pero su amor por Segovia y por Las Navas no se ha perdido; al contrario, cada día es mayor, como el que se tiene por la amante ausente a la que se sabe que no se puede llegar a poseer. Por eso, en esas fugaces visitas, se hace acompañar por su hijo Luis, para que entienda con su alma de niño que sus raíces están allí. Frente al Pajar Caído, al otro lado del arroyo, piensa Saturnino si habrá alguien después de él que emprenda el camino contrario, abandonando lo allende Guadarrama y retornando a esta tierra que ahora contempla. Pero eso, intuye, no llegará a verlo.

Anda el tío Luis empeñado en abrir un pozo en el prao que llaman de La Cochera, que de antiguo servía para guardar los carros en los meses de la hierba. Mientras duda dónde abrirlo, contempla la modesta casa de veraneo que se ha hecho construir para él y sus hijos. Su vida, su trabajo, sus negocios están en Madrid, es cierto, pero su familia y sus recuerdos están de este lado y quiere que, como su padre le enseñó a hacer, su hijo David recorra los caminos del término y, así, sienta suyas las dos faldas del Guadarrama. ¿Dónde estará pasando la tarde el chaval? Por ahí debe de andar con su cuadrilla, en el Parque de las Hojas o cogiendo moras en las callejas de este lado de la carretera.

No sin orgullo, Luis se siente un poco pionero en este momento de su vida. Su padre fue el primero en asentarse en Madrid por necesidad; él ha sido el primero en tener una segunda residencia en el pueblo por gusto. Treinta y tantos años después de la guerra, los que él tiene, su esfuerzo diario le ha permitido lograrlo, empezando por aquellos años de mozo repartiendo en Madrid, casa por casa, la leche de Las Navas subido de gañote en la trole de los autobuses que circulaban por su barrio.

- Papá, ¿a qué hora vienes a buscarme?
- Hemos quedado a las once, ¿no? Ahora bajo a la plaza.

- Déjame media hora más, que he quedado en casa de Mario para echar una partida en la *play*. *Porfa*, tío.
- Vale, pero a y media estoy en la puerta y sales del tirón, ¿entendido?

David, mientras cuelga la llamada que le ha hecho su hijo Mateo desde el móvil, sonrío abiertamente. Esa media hora a mayores, que ya la barruntaba y contaba con ella, le va a obligar (es un decir) a regresar a la plaza sin prisa alguna desde el paraje de Las Suertes, donde ahora está y, como tantas otras veces, recrearse en sus pensamientos mientras camina consigo mismo. Vuelve a sentirse orgulloso de la decisión que tomó muy poco antes de acabar el siglo pasado de abandonar Madrid, donde nació, y venirse aquende los montes para vivir, trabajar y tener familia en Segovia. En estos pequeños ratos de intimidad, se convence una vez más de que es el mejor paso que ha dado en su vida, del que se siente abrumadoramente feliz.

Feliz en Segovia y en Las Navas de San Antonio, a este lado de ese puerto que tantas veces traspasó de niño con su padre. Y se le figura que se le aparecen, también sonriendo, todos sus antepasados, sencillos, inquietos y orgullosos como él del hilo conductor que da sentido a esta familia y a esta tierra. Ahora, le susurran, nos queda Mateo.